

Juliana Hermil

MEDITACIONES BREVES

CULTURA Y TRADICIÓN

TUVE un amigo extraordinariamente culto. Dotado de una memoria fidelísima, una memoria a lo Macaulay, que jamás olvidó nada de lo que hubiera leído, de una inteligencia poco común y de aficiones estéticas refinadas, ese hombre, a los cuarenta años, había atesorado un prodigioso acervo de saber y de experiencia. Murió. Y además del dolor de perder un amigo, ha dejado viva en mí la rebelión, la no conformidad contra el destino humano. Todo ese tesoro de cultura cayó a la nada, desapareció con él, sin haber servido como piedra de construcción para un esfuerzo individual o colectivo mayor. ¿Por qué si los hombres inventamos y descubrimos tantas cosas extraordinarias, no hallamos el medio de transmitir de cerebro a cerebro esta cosa difícil y superior que es la cultura y la experiencia personal?

Es como si ayer, no más, hubiéramos salido del Pa-

raíso. Cada niño que nace tiene que encender trabajosamente una linterna para apartar apenas las sombras de su mundo interior. Aprende algo en los libros, cosas que son, por lo general, instrumentos para la existencia práctica. Poquísimos son los que a lo largo de los años logran convertir esa linterna en faro. Pasan, mueren, y su esfuerzos se entierran con ellos en la tumba. Cuando escriben sus experiencias en páginas de historia o de arte, algo sobrevive, pero de la mayoría que no tuvo la gracia de la expresión ni la oportunidad de ejercer una acción trascendental, ¿qué queda? Todas las virtudes adquiridas a fuerza de disciplinas y dolores desaparecen con el último suspiro de sus vidas.

Mientras más ignorante es una persona o un pueblo, menos respeto siente por la cultura ajena, porque no se da cuenta del valor humano que representa, ni del sabor diferente que prestan a la vida sus lecciones. Es natural en la juventud que apenas lleva a sus labios la copa de la sabiduría, negar los valores antiguos y pretender re-crear en una sola generación el mundo. Es verdad que la última guerra pareció dar la razón a los jóvenes en contra de los viejos que fomentaron esa horrible carnicería. Nunca como ahora se ha pretendido vivir con más énfasis una vida nueva ni se ha sentido más recio el manotón de los jóvenes para borrar todo lo anterior a ellos. El error está en olvidar que lo único que permite el progreso del mundo es la continuidad del esfuerzo, no sólo en la breve vida de la creatura, sino en la sucesión de las generaciones.

Pueblos sin tradición parecen los sud-americanos, en parte porque somos incultos y dejamos perder en el olvido los rasgos superiores de nuestros antepasados. Cultivar la tradición es una forma tan noble de la cultura como crearla en la propia obra; encender en los niños y en las masas la curiosidad por las vidas pretéritas es señalar una meta para sus esfuerzos; escarmentar la historia patria para darla a conocer en sus

detalles íntimos es revelar el alma nacional, es hacer también obra de arte.

¿Qué sabemos, aún las gentes más cultas de estos países, de la intimidad siquiera de las figuras históricas más destacadas? Nos extrañamos de que en Francia, Inglaterra y aún en los Estados Unidos se fomente una especie de idolatría—a veces con caracteres de fetichismo—por los héroes. Aquí nadie se cuida de ellos. Bien lejos, por cierto, de querer que todo lo pasado se endiose, de que a los próceres se les pinte una gruesa capa de virtud postiza para presentarlos en esa forma a las generaciones venideras. Lo que importa saber, precisamente, es cómo pudieron realizar su obra en medio de las debilidades, las desventajas y de los propios obstáculos que les creaba su arcilla frágil de hombres. Yo querría que las revistas y los diarios de estas tierras, que en realidad son las únicas cátedras de cultura permanente que tenemos, tomasen a su cargo el fomento de la tradición, dirigiendo el esfuerzo de algunos jóvenes a descubrirnos a nuestros antepasados y a hacerlos directores de conciencia y verdaderos padres de esta generación de hoy.